Revista


# Noticias de Actualidad

Embajada de los Estados Unidos de America.- Madrid.


SEMINARIO DE PROBLEMAS HISPANOAMERICANOS BIBLIOTECA

BIBLIOTECA HISPANICA-MADRID I.C.H.

EDICION ESPECIAL 18 de Octubre de 1950

TEXTO DEL DISCURSO DE TRUMAN SOBRE LA POLITICA EXTERIOR.

San Francisco, 17.- El Presidente Truman pronunció anoche en esta ciudad el siguiente discurso:

Acabo de regresar de la isla de Wake, donde he celebrado una conferencia muy satisfactoria con el general Douglas MacArthur.

Entiendo que se han hecho muchas conjeturas acerca de los motivos que me impulsaron a hacer este viaje. En realidad, no hay ningún misterio en ello. Fuí porque quería hablar con el general MacArthur.

Nada hay mejor que una conversación personal con el comandante en jefe de la zona de operaciones que conoce los problemas en ella por propia experiencia. El posee una información concreta que puede ayudarnos a decidir la política adecuada a seguir en estos críticos tiempos.

Fuí a la isla de Wake a ver al general MacArthur porque no quería alejarle de Corea, donde dirige con gran éxito importantísimas operaciones. Los acontecimientos se suceden allí rápidamente y no estimé oportuno alejarle de su puesto demasiado tiempo.

He regresado de esta conferencia con una mayor confianza en nuestra capacidad para mantener la paz mundial.

En la isla de Wake deliberamos acerca de la situación de Extremo Oriente y su relación con el problema de la paz mundial. Pedí al general MacArthur que me diera sus opiniones sobre los métodos con que los Estados Unidos podrían ayudar de la manera más eficaz a las Naciones Unidas para fomentar y mantener la paz y la seguridad en toda la zona del Pacífico.

Tratamos también del Japón y de la necesidad de llegar pronto a un tratado de paz con dicho país. Ambos esperamos con confianza el advenimiento de un nuevo Japón próspero y pacífico.

El general MacArthur me habló de la lucha en Corea. Describió la magnífica actuación

de todas las fuerzas de las Naciones Unidas que sirven bajo su mando. Junto con los soldados de la República de Corea, estas fuerzas han hecho cambiar las tornas y retroceder a la agresión. Constantemente llegan más soldados de las naciones libres de todo el mundo, y confío que estas fuerzas restablecerán pronto la paz en toda Corea

Naturalmente, nosotros, los norteamericanos, nos enorgullecemos especialmente de la soberbia actuación de nuestros soldados, nuestros marinos, nuestros fusileros de Marina y nuestros aviadores. Ellos han escrito otra página gloriosa en la historia militar. Podemos estar bien orgullosos de ellos.

Es también para nosotros un motivo de orgullo el que se pidiera a nuestro país que proporcionara el primer comandante en jefe de las tropas de las Naciones Unidas. Afortunadamente para el mundo nosotros contábamos con el hombre indicado para este fin -un hombre que es todo un gran soldado-: el general Douglas MacArthur.

La actuación de las Naciones Unidas en Corea es de suma importancia para todos los pueblos del mundo. Por primera vez en la Historia, las naciones que desean la paz han tomado las armas, bajo la bandera de una organización internacional, para sofocar la agresión. Bajo esa bandera, la de las Naciones Unidas, están triunfando. Esto supone un tremendo paso hacia adelante en la vieja lucha para establecer el imperio de la ley en el mundo.

El pueblo de San Francisco ha demostrado que sabe apreciar la importancia de las Naciones Unidas como fuerza vital en los asuntos mundiales. Se me ha dicho que sólo en esta zona 71 organizaciones están celebrando la Semana de las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas se establecieron aquí, en este mismo edificio, hace cinco años. Se fundaron en la esperanza y en la creencia de que la Humanidad podría disfrutar de una paz justa y duradera.

Hoy, como resultado del conflicto coreano, las Naciones Unidas son más fuertes que nunca. Ahora sabemos que las Naciones Unidas pueden crear un sistema de orden internacional con autoridad para mantener la paz.

Cuando me entrevisté con el general MacArthur, discutimos los planes para completar la tarea de llevar la paz a Corea. Hablamos sobre los planes para establecer en ese país un gobierno unificado, independiente y democrático, de acuerdo con la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Desde que terminó la segunda guerra mundial nuestra política ha consistido en lograr estos resultados en Corea. Nuestro único propósito en Corea es establecer la paz y la independencia. Nuestras tropas permanecerán allí sólo el tiempo que las Naciones Unidas las necesiten para ese propósito. No buscamos ningún territorio ni privilegios especiales. Que para todos quede esto más claro que el agua: no tenemos designios agresivos en Corea ni en ninguna otra parte; ni en Extremo Oriente ni en ningún otro lugar del mundo.

Ningún país del mundo que desee realmente la paz tiene razón alguna para temer a los Estados Unidos.

La única victoria que perseguimos es la de la paz.

Las fuerzas de las Naciones Unidas en Corea están haciendo progresos espectaculares. La lucha, sin embargo, no ha terminado todavía. Los comunistas norcoreanos siguen negándose a reconocer la autoridad de las Naciones Unidas y continúan ofreciendo una encarnizada pero fútil resistencia. Las fuerzas de las Naciones Unidas están aumentando en poderío y ahora son muy superiores a las fuerzas que siguen oponiéndose a ellas. La capacidad de los comunistas coreanos para resistir eficamente se agotará bien pronto.

Sin embargo, la labor de las Naciones Unidas en Corea no terminará cuando cese la lu-

cha. Queda por hacer una gran tarea de rehabilitación. Como consecuencia de la agresión comunista, Corea ha sufrido una terrible destrucción. Miles y miles de personas se encuentran sin hogar y existe el grave peligro del habre y de la enfermedad en los próximos meses del invierno.

Las Naciones Unidas están ya facilitando auxilios para aliviar los sufrimientos que la invasión comunista ha causado y se preparan para ayudar a los coreanos a reconstruir sus casas y restaurar sus fábricas.

El general MacArthur y el embajador Muccio me describieron prácticamente la forma en quense ha iniciado ya este proceso de reconstrucción. Se están reconstruyendo los ferrocarriles, puentes y los servicios públicos comienzan de nuevo a funcionar.

Utilizaremos los recursos de nuestro Ejército y de la Administración de Cooperación Económica para hacer frente a las necesidades urgentes e inmediatas y apoyaremos vigorosamente el programa de ayuda y rehabilitación de las Naciones Unidas, que pronto entrará en vigor. Los Estados Unidos cumplirán plenamente la parte que les corresponda en la tarea de ayudar a establecer una república coreana libre y unida. En realidad, la unión de las naciones libres, al hacer frente a la agresión en Corea, es consecuencia de su firme propósito de defender la paz y la libertad -propósito que las naciones libres en conjunto han tenido desde hace años-.

El nombre de "Naciones Unidas" fué utilizado por primera vez en los días sombríos de la segunda guerra mundial por los países entonces aliados para aplastar otra agresión. Desde aquella fecha hasta hoy se ha fortalecido la causa de la paz mediante una activa política de cooperación entre las naciones libres. No fué obra de la casualidad, sino consecuencia de esta firme política, que 53 miembros de las Naciones Unidas se agruparan inmediatamente para hacer frente a la agresión, no provocada, a la República de Corea.

Como parte de esa misma política y propósito común, durante los últimos cinco años nos hemos unido para fortalecer el poderío de las fuerzas del mundo amantes de la paz. A este fin hemos contribuído mediante el Plan Marshall en Europa y attravés de la ayuda económica en muchas otras partes del mundo. También hemos contribuído a ello mediante la ayuda militar a países amenazados por la agresión. En todo el mundo las naciones libres han adquirido mayor fuerza.

Hemos de reconocer que, en el transcurso de los años de la postguerra, nuestra política de construir un mundo pacífico ha recibido una constante oposición por parte de la Unión Soviética. Aquí, en San Francisco, esperábamos hace cinco años que la Unión Soviética cooperaría en este esfuerzo para lograr una paz duradera. Pero el imperialismo comunista no lo ha hecho así. En lugar de trabajar con otros gobiernos a base de respeto mutuo y cooperación, la Unión Soviética trató de extender su dominio sobre otros pueblos, y se embarcó en un nuevo colonialismo tipo soviético, colonialismo que ha colocado ya bajo su completo dominio y explotación a muchos países que antes eran libres.

Además, la Unión Soviética se ha negado a cooperar, y no ha permitido cooperar a sus satélites, con aquellas naciones que ella no podía dominar.

En las Naciones Unidas, la Unión Soviética ha persistido en su obstrucción. Se ha negado a participar en las actividades dedicadas a las grandes causas económicas, sociales y espirituales reconocidas en la carta de las Naciones Unidas. Durante varios meses há llegado hasta a boicotear al Consejo de Seguridad.

Estas tácticas de la Unión Soviética han sometido a una tensión cada vez mayor al tejido de la par mundial. Las agresiones y amenazas de agresión, ayudadas y alentadas por su obstruccionismo en las Naciones Unidas, han causado gran preocupación a las naciones que honestamente buscan la paz.

La respuesta del mundo libre a la agresión en Corea ha dado nueva confianza a estas naciones.

Pero los sucesos de Corea han puesto de manifiesto en forma más evidente que nunca que el espíritu perverso de la agresión campea todavía por el mundo. Mientras persista este espíritu, nos enfrentaremos a un claro y presente peligro.

Hoy hacemos frente a un violento y cínico ataque contra nuestra fe democrática, contra nuestras esperanzas de vivir una vida libre y decente y, en realidad, contra todo concepto de dignidad humana. Aquellos que apoyan esta perversa empresa están dispuestos a respaldarla hasta el fin con todos los medios, incluso con la fuerza militar. La Unión Soviética y sus satélites coloniales mantienen fuerzas armadas de gran envergadura y poderío. Tanto en Europa como en Asia, sus grandes ejércitos constituyen una amenaza constante a la paz mundial.

Mientras persistan ellos en mantener estas fuerzas y en utilizarlas para intimidar a otros países, los hombres libres del mundo sólo tienen una alternativa si quieren seguir siendo libres: oponerse a la fuerza con la fuerza. Esta no es una tarea exclusiva de las Naciones Unidas. Es una tarea que deben emprender juntas todas las naciones libres, y las naciones libres la están emprendiendo juntas.

En las Naciones Unidas, el Secretario de Estado Acheson ha propuesto un plan: "La unión para la paz", para hacer posible que la Asamblea General actúe rápida y eficazmente en caso de que ocurran nuevos actos de agresión.

En nuestro propio país y en cooperación con otros países, seguimos organizando fuerzas armadas lo bastante poderosas para hacer bien patente que la agresión no rendirá ningún beneficio.

Nuestro establecimiento militarha trasladado a Corea- a ocho mil kilómetros de distancia- los hombres y abastecimientos necesarios en un período extraordinariamente breve. Esta notable realización no debe sumirnos en una falsa sensación de seguridad. Tenemos que estar mejor armados y equipados que hoy si queremos estar a cubierto de los peligros que todavía nos acechan. Tenemos que seguir aumentando nuestra producción para fines militares. Tenemos que seguir aumentando el poderío de nuestras fuerzas armadas: El Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas. Tenemos que dedicar una mayor parte de nuestros recursos a fines militares, y menos al consumo civil.

Todo esto será difícil y exigirá muchos sacrificios. Pero tenemos plena conciencia de los peligros que nos acechan y vamos a prepararnos para hacerlos frente. Que ningún agresor se equivoque sobre esto. Nosotros apreciamos lo que vale nuestra independencia y nuestro modo de vida libre y daremos todo lo que tenemos para conservarlas. Nosotros vamos con toda decisión a fortalecer nuestras defensas. No habrá pausa ni descanso porque hayamos tenido éxito en Corea. A medida que progresamos, recordemos que no incrementamos nuestra potencia armada porque lo hayamos deseado así, sino porque la política soviética no nos deja otra alternativa.

La Unión Soviética puede cambiar esta situación. Le basta con dar pruebas concretas y positivas de su intención de trabajar por la paz. Si la Unión Soviética desea realmente la paz, debe demostrarlo, no con promesas deslumbrantes ni con falsa propaganda, sino ateniéndose a los principios de la carta de las Naciones Unidas.

Si la Unión Soviética desea realmente la paz, puede demostrarlo -ya podía haberlo demostrado en cualquier día desde el 25 de junio pasado- uniéndose al resto de las Naciones Unidas en el llamamiento dirigido a los norcoreanos para que depongan las armas inmediatamente.

Si la Unión Soviética desea realmente la paz, puede demostrarlo levantando el Telón de Acero y permitiendo el libre intercambio de información y de ideas.

Si la Unión Soviética desea realmente la paz, puede demostrarlo uniéndose a los es-

fuerzas de las Naciones Unidas para establecer un sistema eficaz de seguridad colectiva, un sistema que permita la eliminación de la bomba atómica y una reducción drástica y regulación de todas las demás armas y fuerzas armadas.

Pero hasta que la Unión Soviética no haga estas cosas, hasta que no dé pruebas reales de tener intenciones pacíficas, estamos decididos a aumentar el poderío defensivo conjunto del mundo libre. Esta es la decisión que hemos tomado, y la hemos tomado firme y resueltamente.

Nosotros no somos una nación imperialista. No tenemos ningún deseo de conquista ni de gloria militar. La historia de nuestra nación comenzó con una idea revolucionaria: la idea de la libertad humana y de la igualdad política. La luz de esa idea nos ha venido guiando hasta estos días. Las fuerzas del imperialismo comunista temen a esta idea revolucionaria porque produce un contraste intolerable con su propio sistema.

Ellos saben que nuestra fuerza proviene de la libertad y del bienestar de nuestros ciudadanos. Somos fuertes porque nunca hemos dejado de trabajar por una mejor instrucción para todo nuestro pueblo, por salarios justos y mejores condiciones de vida, por más oportunidades para los negocios y por una vida mejor para nuestros agricultores. Somos fuertes por nuestro sistema de seguridad social, por nuestros sindicatos obreros, por nuestro programa agrícola. Somos fuertes porque utilizamos constantemente nuestras instituciones democráticas para lograr una vida mejor para todo el pueblo de nuestro país.

Esta es la fuente de nuestra fuerza, y esta idea -esta idea eternamente revolucionaria de la libertad humana e igualdad política- es lo que presentamos a todas las naciones como respuesta a la tiranía del comunismo internacional. Hemos visto cómo esta idea ha dado sus frutos en nuestro país. Sabemos que ella no admite barreras de raza, nación o credo. Sabemos que ella supone progreso para todos los hombres.

El movimiento comunista internacional, lejos de ser revolucionario, es el movimiento más reaccionario que existe hoy día en el mundo.

Este movimiento se opone violentamente a la libertad del individuo, porque en el sistema comunista el Estado es lo supremo. Se opone igualmente a la libertad de las demás naciones, porque en el sistema comunista lo supremo tiene que ser la Rusia soviética.

Cuando el general MacArthur y yo discutimos el problema de la paz en Extremo Oriente, reconocimos que éste es mucho más que un problema militar. Hoy el pueblo del Extremo Oriente lucha con la falsa revolución del comunismo. El comunismo soviético alude falsamente ante estos pueblos que él es partidario del progreso humano, cuando en realidad lo que trata es de convertirles en esclavos coloniales de un nuevo imperialismo.

En estos tiempos de crisis pedimos a los pueblos del Extremo Oriente que traten de comprendernos, como nosotros tratamos de comprenderlos a ellos. No tratamos de imponerles sistemas como soluciones hechas a medida para todos sus complicados problemas. Cada pueblo debe desarrollarse de acuerdo con su genio peculiar y debe expresar sus valores morales y culturales del modo que les es propio. Creemos que tenemos mucho en común con los pueblos del Extremo Oriente. Su vieja civilización tiene mucho que enseñarnos, y por nuestra parte esperamos que nuestros progresos puedan servirles de ayuda.

Sabemos que los pueblos de Asia aman su libertad e independencia. Nosotros simpatizamos con ese deseo y les ayudaremos a conseguir y defender su independencia. Toda nuestra historia proclama este postulado. Nuestros hombres luchan ahora en Asia para ayudar a asegurar la libertad y la independencia de una pequeña nación que fué brutalmente atacada.

Sabemos que los pueblos de Asia tienen problemas de injusticia social que resolver. Quieren que sus campesinos posean su tierra y gocen de los frutos de su trabajo. Este es también uno de nuestros grandes principios nacionales. Creemos en la granja familiar.

Esta es la base de nuestra agricultura y ella ha influído poderosamente en nuestra forma de gobierno. Sabemos que los pueblos de Asia desean que sus obreros industriales disfruten de la libertad y de elevados niveles de vida. También lo deseamos nosotros. Esta es la base de nuestra sociedad industrial.

Sabemos que los pueblos de Asia tienen problemas de producción, que necesitan producir más alimentos, vestidos y alojamientos. En este terreno podemos realizar una contribución especial compartiendo con los demás las técnicas de producción que hemos descubierto con nuestra experiencia.

Para el Extremo Oriente no somos unos extraños. Durante más de un siglo, nuestros misioneros, médicos, maestros, comerciantes y hombres de negocios han tejido muchos lazos de amistad entre nosotros.

Si podemos prestarles ayuda, estamos dispuestos a ofrecérsela, pero sólo a aquellos que la deseen. Mediante la Administración de Cooperación Económica, el Cuarto Punto y otros muchos medios, estamos tratando de ayudar a los pueblos de otros países a mejorar sus niveles de vida.

Continuaremos estos programas en cooperación con las Naciones Unidas. Aun en estos momentos en que tenemos que aportar unas cargas necesarias para la defensa contra la agresión, ayudaremos a ampliar la labor de ayudar al progreso humano. De otro modo, las medidas de defensa por sí solas serían de muy poco valor.

Tratamos de lograr una completa asociación con los pueblos de Asia, así como con todos los demás pueblos, en defensa y protección de los ideales que nosotros y ellos hemos escrito en la carta de las Naciones Unidas. Esto es la asociación de la paz.

Os he hablado esta noche acerca de algunas de las cosas en que todos estamos pensando mientras nos esforzamos por terminar nuestra labor en Corea. En un tiempo en que nuestras fuerzas, bajo el mando del general MacArthur, combaten con un enemigo obstinado, es esencial que comprendamos la amplitud de nuestros propósitos y examinemos claramente la clase de mundo que tratamos de edificar.

Como presidente vuestro, me hago cargo de lo que representa para los hogares de Norteamérica el que la juventud de nuestra patria sea llamada para hacer frente a la agresión. Estas son las decisiones más solemnes e imponen la mayor responsabilidad sobre aquellos que han de tomarlas.

Os he dicho esta noche por qué debemos hacer lo que estamos haciendo. Nosotros odiamos la guerra, pero amamos nuestras libertades y no permitiremos que sean destruídas. Nosotros queremos la paz, pero ha de ser una paz basada en la justicia. Esa política norteamericana es tan antigua como nuestra república y es hoy más fuerte que en ningún otro momento de nuestra historia. Mantenerla de ese modo es lo que nos hemos propuesto.

---